

de su suegro y padre respectivamente. Al día siguiente, jueves, fueron á palacio el conde de Moltke, el canciller del imperio y los ministros, á los cuales rodeaba una multitud de mas de diez mil personas, que desde por la mañana temprano se habian situado en la alameda llamada de los tilos (*Unter den Linden*) y en la plaza de la Opera, esperando con dolorosa ansiedad noticias sobre el estado del agonizante emperador. Este aun comprendia las consoladoras oraciones que pronunciaba el predicador superior de cámara, doctor Koegel, y las acompañaba con palabras acordes y llenas de la mayor contrición. Despues preguntó por el príncipe Guillermo y por el mariscal conde de Moltke, y habló con ellos sobre el ejército, sobre guerras probables y sobre las alianzas; y cuando la gran duquesa de Baden creyó de su deber rogar á su padre que no se esforzase mucho, le contestó el emperador: «Yo no tengo ahora tiempo de cansarme.» Esta confesion del mas trabajador de todos los soberanos, fué la última frase coherente que pronunciaron sus labios.

Al anochecer se durmió; todas las campanas de Berlin doblaban con gran solemnidad y el pueblo creía que habia fallecido ya su monarca; pero en la noche del jueves al viernes volvióse á despertar; á las cuatro de la madrugada rezaba el orador de cámara:

«Aparécete á mí por escudo para consuelo de mi muerte y déjame ver tu imágen en tu ansiedad de Redentor. Entonces miraré hácia tí y te estrecharé fuertemente contra mi corazón. El que muere así, muere bien.»

La emperatriz rezó en voz alta el *Padre nuestro* que siguió á esta oración, acompañando al orador. Este prosiguió con el versículo primero del salmo veintisiete: «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿de quién me he de asustar? El Señor es la fuerza de mi vida, ¿á quién he de temer?» Despues prosiguió con las siguientes palabras del salmo ciento treinta, versículo quinto: «Yo aguardo al Señor; mi alma le aguarda, y espero en su palabra.» Entonces la gran duquesa preguntó al emperador: «Papá, ¿has comprendido?» Y él contestó: «Era hermoso.» Otra vez volvió á preguntarle la duquesa: «¿Sabes que mamá está al lado de la cama y te tiene cogida la mano?» Entonces abrió los ojos y miró largamente y con claridad á la emperatriz. Despues cerró los ojos y cayó hácia atrás. Su última mirada habia sido para su esposa (1).

Era el viernes 9 de marzo de 1888 cuando á las ocho y media de la mañana las campanas de todas las iglesias del reino anunciaban la muerte del noble emperador Guillermo y todo el pueblo alemán parecia una reunida comunidad de duelo. A las doce y veinticinco minutos reunióse el parlamento en sesion, y todos se levantaron cuando el príncipe de Bismarck obtuvo la palabra y dominando trabajosamente la emoción que le embargaba, anunció que, despues de haber fallecido S. M. el emperador, la corona de Prusia y con ella, segun el artículo 11 de la constitucion del imperio, la dignidad de emperador habian pasado á S. M. Federico III, rey de Prusia. Ante sí tenia el canciller un pliego con la última firma del emperador, que la habia dado autorizándole para la próxima clausura del parlamento. El canciller le habia rogado que no pusiera mas que la primera letra de su nombre, pero con la fuerza de voluntad que no le abandonó sino con la vida, el agonizante emperador habia escrito todo su nombre, cierto que con fuerzas que decaían á cada momento, pero de letra inteligible y con su completa rúbrica como antes. El canciller no hizo uso de la autorizacion, pues comprendió que el parlamento no se disolveria ni podia di-

(1) Véase: *Al lado del lecho de muerte del emperador Guillermo*, de Koegel; Bremen y Leipzig, 1888, págs. 11 á 16.

solverse hasta la llegada del emperador Federico, y solo á causa de la firma dió esta autorizacion como escrito histórico para las actas. Despues dijo con voz temblorosa y teniendo que detenerse mas de una vez para no prorumpir en fuertes sollozos, «que no le correspondia á él expresar en aquel puesto oficial los sentimientos personales que le embargaban á causa del fallecimiento de su señor, del primer emperador alemán, que habia desaparecido de entre su pueblo; que tampoco necesitaba hacerlo, pues la expresion de su sentimiento era la del dolor de todos los corazones alemanes; pero que lo que no queria ocultar al parlamento sobre los últimos días del emperador, eran dos hechos que le llenaban de orgullo y satisfaccion. «Uno de estos es que en los padecimientos de su único hijo y sucesor, nuestro actual soberano, han tomado tanta parte, no solo Alemania, sino puedo decir el mundo entero, que hoy mismo he recibido un telegrama de Nueva York en este sentido, que demuestra la confianza que ha ganado en todos los países la dinastía de la casa imperial alemana. Puedo decir que esto es una herencia que el largo gobierno del emperador lega al pueblo alemán.

»La confianza que se ha conquistado esta dinastía se transmitirá á la nacion, á pesar de cuanto se trate de hacer en contra. El segundo hecho, en el cual encontraba S. M. consuelo en mas de una grave ocasion, era que podia volver la vista á lo pasado con satisfaccion, viendo el desarrollo de la mision principal de su vida, la constitucion y afianzamiento del pueblo al cual pertenecia como príncipe alemán. Esta idea ha hermoheado y alumbrado el crepúsculo de su vida, y contribuyó mucho á este resultado en las últimas semanas el hecho de que por rara unanimidad, todas las dinastías, todas las potencias aliadas, todos los tronos de Alemania y todas las fracciones del parlamento habian decidido lo que consideraban necesario las potencias aliadas para el afianzamiento del porvenir del pueblo alemán y la defensa contra todos los peligros que pudieran amenazarle. Estas observaciones han proporcionado un gran consuelo á S. M., y aun en las últimas relaciones que he tenido con mi difunto señor — ayer mismo — hizo alusion á la satisfaccion que le causaba esta muestra de la unidad de la nacion alemana, que habia sido expresada aquí por sus representantes. Creo, señores, que el parlamento deseará transmitir á la patria este testimonio que puedo dar sobre las últimas manifestaciones de nuestro difunto señor, pues todos pueden prestar este servicio. Señores: la heróica valentía, el sentimiento del honor nacional, y sobre todas estas cosas, el fiel cumplimiento del deber, en servicio de la patria y en el amor á ésta que estaban representados por nuestro señor, sean una indestructible herencia de nuestra nacion, legada por nuestro emperador. Espero en Dios que esta herencia será conservada por todos los que tenemos parte en la direccion de nuestra patria, en la paz y en la guerra, con valor heróico, con sumision, adhesion y fidelidad en el cumplimiento de nuestro deber.»

Lo que ocurrió cuando la triste noticia del 9 de marzo recorrió el mundo entero, ofreció, tanto en conjunto como particularmente, un espectáculo sin igual. Por una vida humana no solo se condolia un pueblo, sino un mundo; el luto de la nacion se transmitió por mar y tierra, de pueblo á pueblo, de alma en alma; parecia un culto de naciones, en el que toda la humanidad detenia el aliento para recordar la pérdida sufrida y buscar contestacion á la pregunta de cómo podrían vivir sin aquel monarca, cuya veneracion habia llegado á constituir una necesidad de todos los corazones. En estas voces de homenaje voluntario de los pueblos tomaba la palabra toda una época, para honrarse á sí misma mag-

nificando á aquel hombre y dando la razon á la ciencia, que se habia atrevido, viviendo aun el emperador, á hablar de una época del emperador Guillermo. Con invencible fuerza se abrieron paso en el convencimiento de las masas el hecho de que en esta obra de toda una vida se encerraba un problema histórico universal, y la idea de que en la incomparable union de todas las cualidades de carácter y fuerza de espíritu que exigia esta empresa habia estribado toda la grandeza de la obra del emperador, consistente en haber reconstituido la monarquía sobre la fe y la confianza en el idealismo de los pueblos, en su reconciliacion con los anteriores poderes enemigos, la prensa, los partidos y los parlamentos, y en volver á elevar al país á la categoría de potencia creadora en la historia, como habia existido en el siglo XVIII, en la época de Federico el Grande, cuando aun no combatian á los monarcas la prensa, los partidos y el parlamento. Esta empresa ha sido realizada por el emperador Guillermo como el primer soldado de su ejército, como el primer empleado de su Estado y como el primer ciudadano, como padre de su pueblo.

Lo que el real organizador del ejército prusiano habia adelantado para los triunfos en las guerras del porvenir, en una época en que todo el mundo tenia la ilusion de la paz eterna y del desarme del ejército, ya nos es conocido hace tiempo. Hablemos ahora tambien del gran servicio que prestó á la nacion ennobleciendo con el ejemplo y con la instruccion la vocacion del guerrero, allanando así el obstáculo que habia existido siempre entre el pueblo armado y el indefenso.

Cuando el emperador, el día 1.º de setiembre de 1884, otorgó al príncipe de Bismarck la orden del mérito militar, le escribió diciéndole (1) que lo hacia porque el canciller, en mas de una época grave, habia mostrado en el mas alto grado el valor de un guerrero; porque habia visto en él «el corazón y el pensamiento de un soldado.» Cuánto valia á sus ojos esta alabanza y cuánto significaba lo habia demostrado en su magnífica orden del 2 de mayo de 1874, sobre los tribunales de honor de los oficiales. Empezaba con estas palabras: «Espero, señores, de todo el cuerpo de la oficialidad que de hoy en adelante sea como hasta aquí el honor su mas alta joya: el conservarle puro y sin mancha es el mas sagrado deber de todo el cuerpo, así como de cada uno de sus individuos. El cumplimiento de este deber comprende en sí la concienzuda y completa observancia de todos los demás deberes de los oficiales. El verdadero honor no puede subsistir sin la fidelidad hasta la muerte, sin inquebrantable valor, firme decision, obediencia y abnegacion, del mismo modo que sin el mas estricto cumplimiento de sus preceptos no puede llenarse ningun deber por pequeño que sea. Exige tambien el honor que en la vida externa de los oficiales se manifieste la dignidad, que resalte del convencimiento de pertenecer á una profesion á la cual se confia la defensa del trono y de la patria (2).» El ejército del imperio alemán debia ser, con arreglo á este pensamiento, una escuela nacional de honor, y al manifestarlo así elevaba el idealismo del ejército á idealismo de la nacion misma.

Solo con el ejército y con el espíritu monárquico de las masas del pueblo prusiano estaba el reino en situacion de oponer resistencia á cualquier peligro, y hasta de emprender una guerra contra el deseo de la representacion del país, para saldar antiguas deudas de honor y cortar con la espada antiguos enredos. Esta guerra, aunque fuese indispensable, como condicion de la política nacional, no bastaba para

(1) Véase la *Correspondencia política del emperador Guillermo I*, página 383.

(2) Véase la *Correspondencia política del emperador Guillermo I*, página 331.

creaciones duraderas de paz y bienestar público; para esto era necesaria una confianza nacional, que no podia adquirirse nunca por brillantes hechos de armas solamente, y esta confianza popular es la que adquirió el rey Guillermo con el discurso de la corona del 5 de agosto de 1866, por su voluntario pacto de paz con su propio país y por la incorruptible fidelidad con que supo conservar esta paz. Solo cuando la Prusia tomó las armas para la defensa de los derechos constitucionales de los alemanes, solo entonces se convirtió realmente en monarquía nacional del pueblo alemán. Entonces se hizo digna de la eterna alianza con la nacion, con la monarquía proclamada en los inolvidables días de julio, y del santo entusiasmo guerrero con que recibió su bautismo de fuego en los campos de batalla de la mas justa y victoriosa de todas las guerras, para despues tomar parte en el combate de ley, por la paz y por los derechos y el orden interior del nuevo imperio.

En el mayor esplendor de su obra, bendecida por Dios, y en medio de las satisfacciones que le proporcionaba el amor de un pueblo que no parecia que pudiera aumentarse un grado mas, hirió al mas festejado de los monarcas de la cristiandad una explosion de pasion anarquista que conmovió á todo su reino y dió ocasion para un hecho monárquico histórico universal. Cuando se restableció de las heridas que le fueron inferidas el 2 de junio de 1878 por el asesino Nobiling, al tomar de nuevo en 5 de diciembre de 1878 las riendas del gobierno, dijo al ministerio de Estado: «La dolorosa experiencia que me ha herido personalmente, ha descubierto tambien otras heridas en nuestras relaciones sociales que solo pueden ser curadas por la firme mano de la ley, cuya intervencion he tenido que pedir hace poco. Si con esto se consigue la curacion de estas heridas habré derramado mi sangre con gusto por el bien universal, alegrándome de que desde entonces se hayan abierto los ojos de muchos que no querian creer en la profundidad de tales heridas.» Despues que por el decreto referente á los anarquistas, del 21 de octubre de 1878, se hubo cuidado de amparar á la sociedad contra el abuso de la libertad política, empezó la investigacion de los medios que podia emplear el Estado para curar los males que padecian las clases obreras. La reforma de aduanas del año 1879 proporcionó trabajo á innumerables manos ociosas, permitiendo al propio tiempo con sus crecidos rendimientos una reforma tributaria que alivió mucha opresion y conjuró muchos peligros. El emperador por sí quiso emprender la reforma social con el mensaje del 17 de noviembre de 1881, anunciando la creacion del seguro contra enfermedades y accidentes del trabajo y echando los cimientos del magnífico edificio que debia terminarse con el seguro para ancianos é inválidos. Con esto cumplia un voto que habia hecho el 8 de junio de 1861, día de su consagracion como monarca, en estas palabras: «Yo quiero conservar y alimentar en mí una entrañable benevolencia hácia todos los hombres, hasta los mas humildes, pues todos ellos son mis hermanos.» En el crepúsculo de su reinado convirtió en realidad las palabras proféticas pronunciadas en 1848 por un excelente filósofo de la Alemania meridional, que decian: «El pueblo desea monarcas verdaderos. No quiere monarcas pintados, sino efectivos. No quiere que el poder superior sea débil, sino fuerte y activo. Los socialistas que han fundado ahora en Paris la república, hace largo tiempo que han dicho: si la monarquía comprende los intereses del pueblo, la preferimos á la república. Allí ha sucumbido la monarquía porque ha representado su papel dentro de bastidores. En Alemania todavía no sucede así. La monarquía solo necesita presentarse en escena para que se le rindan todos los corazones, pues todos en estos tiempos difíciles desean un

apoyo, un centro de gravedad al cual puedan asirse los vacilantes y moribundos. Si la monarquía mantiene honradamente la libertad de los ciudadanos desarrollándola, si de acuerdo con la nobleza y la clase media toma la iniciativa en provecho de la cuarta clase, no solo estará asegurada, sino que podrá elevarse a una altura en que no haya estado jamás. La monarquía de Alemania está llamada á llevar á cabo aquello que la república francesa se empeña en vano en realizar, aun teniendo á su cabeza á un espíritu noble, y es: asegurar la suerte de las clases inferiores y consolidar la libertad de todos (1).» El monarca que Federico Rohmer veía en sueños al proferir estas palabras, lo ha visto realizado el mundo en el emperador Guillermo al extender la monarquía nacional de Alemania á la social.

Así podemos decir al terminar nuestras consideraciones, sin peligro de ser contradichos: En el emperador Guillermo piensan y pensarán todos los soberanos alemanes, si comparan el estado en que se hallaban las ideas monárquicas del pueblo alemán en la época en que el príncipe Guillermo de Prusia estaba aun al lado del trono, con la situación de hoy día, en que la monarquía por medio del emperador Guillermo ha conquistado un puesto que no tenía ni aun en los tiempos de Federico el Grande. El imperio alemán ha probado que tiene nueva y creadora fuerza al resolver los grandes problemas nacionales y sociales de nuestra época, en los cuales se ha estrellado lastimosamente el ingenio de nuestras escuelas, y al enarbolar la bandera de la lucha moral del siglo, llevándola radiante y victoriosa á la cabeza de los pueblos hasta alcanzar los mas altos fines de la humanidad.

En el emperador Guillermo piensan y pensarán todas las razas y clases de Alemania, si quieren tener una idea exacta de lo que es la verdadera grandeza histórica. En el sentido mas elevado la grandeza histórica está simbolizada en aquel que representa á un pueblo entero del modo mas noble, de

(1) *El cuarto estado y la monarquía*, por Federico Rohmer; Munich, fines de marzo de 1848.

tal modo que cada palabra que escriba ó pronuncie resuene como la voz del corazón y de la conciencia de la nación entera, y que cada hecho que realice se muestre al mundo como la obra de millones de hombres. Esto sintieron los alemanes cuando al saber la muerte del emperador Guillermo pareció á cada uno que le habían arrancado la parte mejor de su propia vida y que tenía que lamentar la pérdida de sus mas sublimes ideales. Esto lo ha sentido con Alemania el mundo entero, cuando por los mares y por las naciones extendíase un luto de alma y corazón como no ha acompañado jamás al sepulcro á la envoltura mortal de ninguna testa coronada.

El legado de la reforma social que dejó el emperador será juzgado como merece por la posteridad. El ejemplo que ha dado muestra ya una fuerza impulsiva de imitación en los parlamentos del extranjero, y al fin su voz, que habla por hechos, no por palabras, será oída también allí donde no se entiende ni quiere entenderse el idioma alemán. También allí se aprenderá algún día á honrar al emperador Guillermo como al creador de una nueva patria para los oprimidos y cansados, para los pobres y los desheredados; también á la clase obrera le sucederá lo que le sucedió á la clase media cuando se reveló el secreto de la política nacional del rey Guillermo y del príncipe de Bismarck, y le parecerá que le pasa lo que al paciente Ulises cuando por la noche impelió su barca hácia la costa de su isla natal, y al despertar á la mañana siguiente prorumpió en fuertes quejas porque ignoraba que estaba ya en su patria.

Era una esperanza halagüeña la que expresó el 25 de marzo de 1885 el emperador, al dirigirse á la magistratura de Berlín, de que bajo el amparo de circunstancias mejores la clase obrera se elevaría hasta un sentimiento nacional que, unido á un firme temor de Dios, constituyese el arma mas eficaz contra muchos lamentables errores de nuestros días. El anciano monarca solo desde lejos pudo divisar la tierra de promisión de la paz social: el derecho de hallarla y de haberla conquistado por su propio esfuerzo está reservado á su noble y esforzado nieto el emperador Guillermo II.

FIN DE LA HISTORIA DE LA ÉPOCA DEL EMPERADOR GUILLERMO

ÍNDICES DEL TOMO DÉCIMOTERCIO

HISTORIA DE LA CUESTION DE ORIENTE

	Páginas	Páginas
CAPÍTULO PRIMERO. SITUACION DE EUROPA ENFRENTA DE NAPOLEON III. — Conexión de la marcha de Oriente con el establecimiento del segundo imperio en Francia. — Conducta de las potencias en vista del golpe de Estado y de la subida de un Napoleon al trono de Francia. — Las reservas de Nicolás I de Rusia. — Sus esfuerzos para organizar una coalición contra Francia. — La misión del barón de Heckeren en Berlín. — El despacho de Nesselrode relativo al número tres del nuevo emperador. — El aislamiento de Rusia en el asunto del reconocimiento. — Nicolás I no quiere tratar á Napoleon III de hermano. — Situación de la dieta germánica respecto de estos sucesos. — Despacho memorable de Drouyn de Lhuys respecto del memorio á que se expone Rusia con su conducta.	1	5
CAP. II. LOS PROTECTORADOS DE FRANCIA Y RUSIA EN ORIENTE Y LA CUESTION DE LOS SANTOS LUGARES. — Luis Napoleon se ve en el caso de realizar su primer acto notable de gobierno en un asunto antiquísimo de la monarquía francesa. — Relaciones antiguas de Francia con el Oriente y con Turquía. — Francisco I y Soliman. — Las capitulaciones. — Posición distinguida de Francia en Oriente como protectora de intereses religiosos, nacionales y mercantiles. — Abuso de la idea del protectorado y lo que son las capitulaciones. — La población de Jerusalem. — Estado y número de santuarios á mediados del siglo XIX. — Los católicos, los griegos ortodoxos y otras comunidades religiosas en el Oriente. — El tratado de amistad y de comercio del año 1535. — Historia de las capitulaciones durante tres siglos. — Las embajadas francesas bajo la monarquía antigua. — D'Arvieux y Nointel precursores de Menschikoff. — Las capitulaciones generales de 1740. — Los títulos y fundamento del derecho de los ortodoxos. — El tratado de Kuchuk-Kainardji y el derecho del protectorado que Rusia funda en este tratado. — Adquisición de santuarios católicos por los griegos. — Estadística de la iglesia ortodoxa en Rusia y Turquía. — El patriarcado griego y el católico. — Las pretensiones francesas durante la primera revolución y bajo el reinado de Luis XVIII. — La monarquía de julio y la cuestión maronita del Líbano. — La monarquía de julio se ve obligada á dirigir la contienda por los Santos Lugares. — Pio IX restablece en Jerusalem el patriarcado católico. —	1	16
CAP. III. — FRANCIA, RUSIA É INGLATERRA ANTE LA COMPLICACION EN ORIENTE. — Drouyn de Lhuys penetra las intenciones ocultas de Nicolás I, y trata de hacerle arrojar la máscara á fuerza de condescendencia. — El czar, apenas queda enterado del paso dado por el gobierno francés, hace al embajador de Inglaterra en San Petersburgo indicaciones respecto de la desmembración de Turquía. — Exposición diplomática de estas indicaciones y juicio que merecieron al citado embajador. — Actitud cauta del ministerio inglés, á pesar de tener presentes otras proposiciones análogas hechas en 1840 por el mismo emperador Nicolás. — Memorandum del conde de Nesselrode del 21 de febrero de 1853 destinado á suavizar las indicaciones del emperador.	1	16
CAP. IV. EL ENVIO DEL PRÍNCIPE DE MENSCHIKOFF Y LA DIPLOMACIA EUROPEA EN CONSTANTINOPLA. — El asunto del Montenegro. — Envío del conde de Leiningen á Constantinopla. — Misión del príncipe de Menschikoff. — Exposición diplomática de sus instrucciones públicas y secretas. — Su actitud enfrente del gobierno turco. — La influencia de lord Stratford de Redcliffe, hostil á Menschikoff. — La tentativa de este último para la subida del partido turco antiguo con su jefe Josref. — Negociaciones con la Sublime Puerta y los embajadores de las potencias occidentales. — El proyecto de convenio ruso y la indicación de una alianza ofensiva y defensiva secreta con la Puerta. — Instrucciones curiosas de Menschikoff tocante al trato con los embajadores. — La Puerta solicita en vista de las exigencias rusas el auxilio de la es-	1	16